

## I. PROMETEO

Existe un sugestivo mito pagano para explicar la aparición de la especie humana. Por no estar vinculado a ningún culto institucionalizado, tiene el estatuto de sencilla fábula, de mero cuento, pero prestándole atención, uno se da cuenta de que sus enseñanzas coinciden perfectamente con la imagen que seguimos teniendo hoy de la especificidad humana.

Al igual que en otros mitos de la misma familia, cuenta que la historia humana empieza con una contrariedad. En ese caso concreto, no se alude a una falta moral, sino a un error de cálculo. Un descuido, un desliz sin el cual la historia humana nunca hubiera podido empezar. La humanidad tiene, pues, algo del imprevisto, de esas cosas que tienen causas complejas ya que,

a primera vista, no entendemos bien por qué tenían que acontecer.

El mito es el de Prometeo, el del titán rebelde que se apiada de la especie humana y la salva de la extinción al hacerle el más importante de todos los regalos, el del fuego. Como se trata de un mito griego, no exige de nosotros ningún acto de fe sino solamente que ejerzamos nuestra facultad de ver más allá de las imágenes, de buscar el sentido que en él está disimulado. La historia –contada por Hesíodo (*Teogonía*, *Los trabajos y los días*), Esquilo (*Prometeo encadenado*) o Platón (*Protágoras*)– es conocida, pero vuelvo a recordar algunos de sus momentos importantes para que se vea bien que en ella encontramos una explicación convincente del origen de la humanidad.

Los hermanos Prometeo y Epimeteo son dos titanes, dioses muy antiguos que lucharon en la gran «titanomaquia» que opuso Zeus a su padre Cronos. Al final de la guerra ganada por Zeus, Prometeo y Epimeteo cambian de bando para evitar los castigos a los cuales fueron sometidos los titanes en el Tártaro. Como vemos, son traidores desde el inicio de los tiempos, gente de poca confianza. A pesar de ello, cuando llega el tiempo del nacimiento de las razas mortales –que los dioses forjaron, nos dice Platón, «con una mezcla de tierra y fuego»– se les encarga a los hermanos que lleven a cabo la distribución general de una serie limitada de capacida-

des entre todas las razas mortales. El trabajo no es muy complicado: los dioses han creado un número finito de especies mortales y una cantidad finita de características, solamente queda dar el toque final haciendo un reparto equitativo. Epitimeo —el «imprevisor», el que piensa demasiado tarde— convence a su hermano Prometeo —el «previsor», el que piensa antes de actuar— que le deje hacerse cargo de la tarea y solamente le pide que revise su trabajo una vez terminado. Si fuera tan previsor, pensamos sonriendo, Prometeo hubiera sospechado de su hermano y no hubiera dejado entre sus manos tarea tan importante, pero de ser así, el mito no hubiera presentado mucho interés. La intuición genial del mito es la siguiente: para que aparezca en la tierra ese animal tan extraño como excepcional que somos, algo ha debido torcerse, el mecanismo natural ha debido fallar en algún momento.

Frente a unos cuantos animales genéricos, desnudos, sin caracteres propios más allá de su tamaño, Epitimeo empieza a repartir el stock de capacidades del que dispone. Tiene delante de él una serie de animales desnudos e inermes —pensemos en los pollos desplumados en el supermercado— y tiene que ir vistiéndolos unos tras otros. Aunque no se diga nada sobre las consignas divinas que recibió antes de empezar el reparto, se explica más adelante que su meta implícita es conseguir un cierto equilibrio de tal manera que ningún ani-

mal acabe desapareciendo por culpa de un reparto injusto. Así, a los pequeños se les da velocidad y a los lentos fuerza, a los animales nocturnos, unos ojos potentes, y a los diurnos, una protección contra los rayos del sol. Algunos tendrán la capacidad de volar, otros una piel muy dura. La idea es que ninguna especie termine dominando por completo a las demás y que ninguna sea tan débil que desaparezca. Siguiendo este criterio, Epimeteo ofrece una exigua descendencia a quien devora a muchos y una descendencia numerosa a quien es devorado por muchos. Se trata, pues, de crear una fauna en la cual todas las especies se puedan desenvolver. Los dioses son ecologistas avanzados a su tiempo: quieren un bestiario diversificado y temen que algunos animales se encuentren en peligro de extinción. No quiero decir con esto que los griegos pudieron prever la desaparición masiva de la biodiversidad que tiene lugar en nuestros días, sino más bien que tenían una consciencia aguda del equilibrio que existe en la naturaleza, del orden natural que reina en el mundo y entre los vivientes.

Todo hubiera ido perfectamente si Epimeteo, en su precipitación, no se hubiese olvidado de ningún animal. En efecto, uno se quedó tal como apareció en el momento de ser forjado con la mezcla de tierra y fuego: el ser humano. Cuando llegó el turno del humano, Epimeteo ya se había gastado todas las características que tenía

a su disposición y el último de los animales tuvo que quedarse sin nada, sin garras, sin piel dura, sin protección contra los cambios de las estaciones, sin cobertura natural, sin alimentación específica, descalzo, desnudo, inerme. Un pollo desplumado de supermercado.

El modo adecuado de acercarse a este mito no es, obviamente, preguntándose acerca de su posible veracidad histórica. Sabemos que las razas mortales no aparecieron en la tierra de esta manera, que no estamos hechos de tierra y fuego, que nunca tuvo lugar un reparto de capacidades y que ningún animal es el resultado de un error de cálculo por parte de un titán imprevisor. En esto estamos todos de acuerdo. Ahora bien, la representación que da el mito de la raza humana no es en absoluto desprovista de razón. En efecto, por muy inverosímiles que parezcan los motivos ahí esgrimidos para explicar la desnudez del ser humano, la fábula subraya con nitidez lo excepcional de la constitución anatómica humana que, al contrario de cualquier otro animal, parece carecer de defensas naturales.

La ausencia de capacidades propias es el fundamento de esa representación mítica del ser humano como «animal genérico», es decir, como la matriz desde la cual todos los demás animales han sido esculpidos, una especie de hoja en blanco sobre la cual los dioses olvidaron escribir algo y que, podemos pensar, tendrá la ardua tarea de

dibujarse a sí mismo. El ser humano es la imagen exacta de cómo eran los animales en el momento situado entre su creación por los dioses y el reparto de los dotes por parte de Epimeteo. El ser humano tal y como lo conocemos sería el último ejemplar viviente de ese animal de base, de esa especie genérica que todas las demás fueron antes de recibir sus garras mordaces, su pelaje suave y caliente, su caparazón o sus alas. Así, desde un punto de vista anatómico, el ser humano no es otra cosa que el animal sin atributos.

Para evitar la desaparición anunciada de esta especie inerte, Prometeo interviene rápidamente y corrige el error de su hermano. Traicionando a sus nuevos aliados olímpicos, Prometeo roba a Atenea lo que Platón llama la «inteligencia técnica» (ἐντεχνος σοφία, *éntechnos sophía*) y se la entrega a los seres humanos. Así, aunque Prometeo no remedia nuestras carencias anatómicas y aunque nos mantengamos desnudos e inertes, nos regala una facultad divina que permite compensar nuestro penoso estado: una especie de sabiduría ligada a las artes técnicas. En este mito griego, no es el conocimiento del bien y del mal el que nos convierte en lo que somos, sino más bien la adquisición de un *savoir-faire* que habilita al ser humano para la supervivencia en ausencia de dotes naturales. Con este regalo divino, la especie humana burla su destino, que era llevar una existencia corta y amarga

y ser víctima en poco tiempo de la terrible ley del más fuerte.

Lo que los griegos vieron con toda claridad es lo siguiente: si la supervivencia de la humanidad no corre peligro, no es por un motivo natural o biológico sino más bien intelectual, es decir, *artificial*. La inteligencia técnica y artificial viene a suplir la carencia de armas y de defensas naturales. Es nuestro signo distintivo y también la explicación de nuestra especificidad frente al resto de los animales.

El símbolo que se utiliza en el mito para representar estas capacidades artificiales humanas es el del fuego. La explicación que da Platón en su versión del mito de la referencia a tal símbolo es que todos los conocimientos que adquirió el ser humano —el arte de construir casas, de coser ropa y calzado, de preparar lechos y recolectar alimentos del suelo— serían perfectamente inútiles si no dominase también el fuego. No está claro que la tesis de Platón se pueda justificar pero una cosa es segura: el símbolo del fuego ha sido muy bien elegido por el autor anónimo del mito. Además de que algunos de los conocimientos técnicos humanos requieren en un grado menor o mayor el uso del fuego —pensamos en la metalurgia, la agricultura, la arquitectura—, desde un punto de vista antropológico-histórico, el fuego distingue al último de los grandes simios del primero de los humanos. El fuego, probablemente más en la

conciencia colectiva que en la historia real, representa el punto de partida de la aventura humana. Aunque ni el control del fuego, ni el manejo del lenguaje, ni la prohibición del incesto puedan explicar por sí solos la aparición del género *homo*, no cabe duda de que la capacidad de iluminar la noche negra ha debido ser motivo del mayor orgullo para el hombre prehistórico. Ese poder extraordinario –que incluye el manejo de la iluminación, del calor, de la cocción de los alimentos y, más tarde, de la metalurgia– delimita de forma muy precisa la representación que tenemos de lo que los animales normales no saben hacer.

No es de extrañar, pues, que la luminosidad sirva como metáfora de la inteligencia humana. El brillo de las ideas, la claridad de la comprensión o el destello del ingenio son huellas que atestiguan que el ser humano asocia el origen de su inteligencia y el fuego. Nuestra capacidad de encender un fuego en la noche negra –un arte que, en sí mismo, es una de las perlas del ingenio humano– es la hermana simbólica de nuestra capacidad de arrojar luz sobre un asunto oscuro, de clarificar lo confuso, de iluminar a los demás con nuestra inteligencia.

¿Es el mito de Prometeo nada más que un mito? Junto con las artes ya mencionadas, Platón evoca también la capacidad de creer en dioses, la de construirles altares y esculpir sus estatuas, la capacidad de hablar y de nombrar las cosas, la de tener sen-